

Una mirada histórica a los intelectuales en Cuba

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Muy breve es la historia de nuestro país si la comparamos con la de otras muchas naciones. La civilización aborígen no nos dejó un elevado sedimento de cultura y tras la llegada de los conquistadores españoles, a un ritmo muy lento, se fue conformando la sociedad cubana hasta alcanzar su rostro identitario. A lo largo de este proceso, en el que intervinieron peninsulares, criollos, africanos y los aborígenes que lograron sobrevivir, se fue estructurando la economía de la Isla, se forjaron las primeras fortunas familiares y fue cobrando forma una capa ilustrada que podemos considerar nuestros primeros intelectuales.

Con un sentido incipiente de pertenencia a nuestro suelo y el loable propósito de llevar adelante algunas reformas en beneficio de su clase social, sin que esto significara la menor modificación de las relaciones de acatamiento a la Corona de España, criollos ilustrados de fines del siglo XVIII integraron el llamado primer movimiento reformista y formularon atendibles propuestas que abarcaban la agricultura y el comercio, la filosofía y la enseñanza, la higiene y la vacunación. Francisco de Arango y Parreño, José Agustín Caballero y Tomás Romay fueron, respectivamente, los principales impulsores de dichas iniciativas. Con ellos se inició entre nosotros la preocupación de los intelectuales, nacidos en nuestro suelo y arraigados en él, por los asuntos públicos. También podríamos añadir que comenzó entonces una especie de pulso entre los que representaban a las fuerzas renovadoras y los que detentaban el poder.

A partir de aquel momento esta historia sí se hace larga y guarda estrecha relación con los diferentes movimientos ideológicos que se manifestaron con gran fuerza a todo lo largo del siglo XIX: reformismo, anexionismo, abolicionismo, integrismo, independentismo, autonomismo... En la medida en que fueron creciendo numéricamente los miembros ilustrados de la clase acomodada y se hizo algo más activo el desempeño de instituciones como el Seminario de San Carlos, la Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo de La Habana y la Real Sociedad Económica de La Habana, de modo más ostensible se manifestó el espíritu inquieto y renovador de algunos intelectuales, dispuestos a valorar críticamente la situación en que se hallaban factores como la trata de esclavos, el comercio, los estudios filosóficos y los

métodos de enseñanza. Sin lugar a dudas, aquellos cuestionamientos que hacían José Antonio Saco, Félix Varela y José de la Luz y Caballero, entre otros, partían de una insatisfacción.

Debido a su importancia para la posterior evolución del pensamiento político en Cuba, por lo general los historiadores destacan, de aquel período comprendido por la primera mitad del siglo XIX, las enseñanzas de Varela, quien habría de adelantarse a su tiempo para abrazar el ideario independentista, los profundos análisis que realizó Saco de la realidad colonial, las tertulias de Domingo del Monte y los postulados éticos y educativos de Luz y Caballero. En cambio dejan a un lado el influyente pensamiento conservador y colonialista de otros sectores intelectuales de la Isla, que bien representó el coruñés Ramón de la Sagra. De su mentalidad retrógrada, capaz de justificar el sistema colonial con el argumento del determinismo histórico, quedó constancia en la famosa polémica que sostuvo con Saco. A su meritoria labor investigativa le debemos, sin embargo, obras monumentales como la *Historia física política y natural de la Isla de Cuba (1838-1861)*, en 13 tomos.

Las tensiones de carácter económico, ideológico y social que comenzaron a cobrar notable fuerza a mediados de aquel siglo llevaron a algunos a proponer un nuevo reformismo y a otros a abogar por la anexión con los Estados Unidos. Cada uno de esos sectores consideraba que su fórmula era la acertada para lograr la prosperidad de la Isla. La herencia española, que incluía la religión, el idioma, la cultura y los vínculos familiares, servía de instrumento para reforzar los lazos con la Metrópoli. En cambio el progreso material, los adelantos científicos y tecnológicos y las ideas liberales que ostentaba Norteamérica eran tomados como ejemplos a seguir. No venía a ser este un simple enfrentamiento entre la reacción y el progreso, pues el problema a resolver era mucho más complicado.

Esto explica el tránsito de algunos intelectuales del reformismo al anexionismo y en otros del anexionismo al independentismo. El reformista Conde de Pozos Dulces, el anexionista Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño) y el independentista Padre Varela, cada cual a su modo y en correspondencia con sus ideales, aspiraban servir a Cuba.

El estallido de la Guerra del 68 aceleró el proceso de maduración política de un importante conjunto de la intelectualidad. El separatismo como doctrina irrenunciable para emancipar lo que ya se sentía como nación cubana, liquidar la afrenta que constituía el sistema esclavista y echar abajo la supeditación a la corona española fue asumido en toda su dimensión. De un modo diáfano se presentaba la vía correcta para servir a Cuba, que ya estaba en guerra. Así lo entendieron, entre otros, Rafael María Merchán, Cirilo Villaverde y José Manuel Mestre, quienes lograron superar las vacilaciones anteriores, para ponerse al servicio de la causa cubana.

El Pacto del Zanjón y el momentáneo fracaso de la lucha armada como recurso para lograr la independencia propiciaron el desarrollo a lo largo del país del ideario autonomista. En las filas de este movimiento coincidieron figuras de excepcional calibre intelectual: grandes oradores, periodistas brillantes, abogados, escritores, maestros. En resumen, muchos individuos de elevada cultura y notable nivel profesional. Todos ellos rechazaban el despotismo y las trabas políticas y económicas impuestas por la Metrópoli y buscaban flexibilizar aquellas medidas para conquistar un espacio con menos restricciones. Inspirados en las teorías evolucionistas, consideraban que ese era el camino favorable para obtener mucho más adelante la completa soberanía de Cuba. Como armas emplearon los discursos en los actos públicos y en las veladas culturales, los artículos en los diarios *El Triunfo* y *La Lucha* y la enseñanza de los derechos civiles a la población. Rafael Montoro, José Antonio Cortina y José María Gálvez no estaban muy descaminados al considerar que era indispensable, al cabo de tantos años de opresión y de miedo, instruir de modo masivo a la sociedad en el conocimiento de las leyes ciudadanas.

De forma consciente o no, los partidarios del autonomismo a través de su prédica civilista contribuyeron a radicalizar las posiciones políticas de amplios sectores de la población, que al iniciarse en 1895 la guerra emancipadora se incorporaron a las fuerzas insurrectas. Demasiado larga había sido la espera a que España le concediese derechos a los cubanos. No era mucho lo que podía esperarse de los gobernantes españoles y así ya lo había entendido una década atrás el pensador Enrique José Varona, también en un inicio partidario del auto-

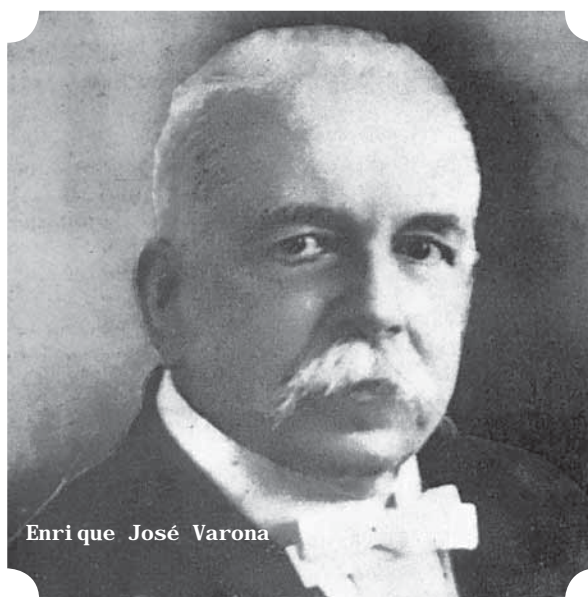
mismo. Otra vez, pero ahora de un modo definitivo, la causa independentista se imponía, con más elevados velos en el verbo incomparable de José Martí.

El fin de la dominación colonial no contó con la escena que había soñado el Generalísimo Máximo Gómez -la despedida en el puerto habanero al valiente soldado español-, sino con la intromisión del ejército norteamericano. En aquel momento de incertidumbre y de transición política no bien definida, ya no se contaba con la orientación de Martí y gran parte de la intelectualidad cubana se encontraba en el extranjero, adonde había tenido que marchar como consecuencia de la guerra. Bajo estas nuevas circunstancias regresan a Cuba Manuel Sanguily, Varona, Raimundo Cabrera, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Diego Vicente Tejera. En La Habana coinciden con Montoro, Eliseo Giberga, Gálvez. En aquel momento los dos bandos, separatista y autonomista, tenían razones para sentirse defraudados.

Aquella frustración que abarcaba no sólo a las personalidades políticas, sino a los intelectuales en su conjunto, hubo de manifestarse por medio de la dispersa actitud que asumieron entonces ante la situación cubana. No observamos en ellos, en un momento de tanta significa-

ción para la historia de Cuba, al menos el esbozo de un programa común, de contenido patriótico, que sirviera para defender los intereses nacionales y cohesionar a los cubanos. Parecen desorientados, sin iniciativas, o abogan a favor de ideas erróneas. Varona se entrega a la reforma de la enseñanza, Raimundo Cabrera a la dirección de su revista *Cuba y América*, Sanguily, sin contar con muchos seguidores, intenta inútilmente resguardar los recursos del país ante la rapacidad de las empresas norteamericanas, Gonzalo de Quesada recomienda la aceptación de la Enmienda Platt y Tejera invierte sus esfuerzos en el peregrino propósito de fundar el Partido Socialista Cubano. Los antiguos autonomistas, como Rafael Fernández de Castro, Antonio Govín y Ricardo del Monte, se retraen de la vida pública, se dedican a la jurisprudencia o desarrollan labores periodísticas. Duele decirlo, pero en aquel instante los intelectuales cubanos, en su conjunto, no estuvieron a la altura que las circunstancias exigían.

Aquella actitud, no desvinculada de la decepción nacional originada por el apéndice constitucional que li-



Enrique José Varona

mitaba nuestra república, se vio fortalecida pocos años después con el desacertado intento reeleccionista de Estrada Palma, la segunda intervención norteamericana, los enfrentamientos políticos y los escandalosos casos de corrupción administrativa, que comenzaron a manifestarse durante el mandato de Magoon y continuaron después en el gobierno de José Miguel Gómez. Los patriotas que habían arriesgado la vida en mil ocasiones en el campo de batalla y habían peleado con ardor por la independencia, ya en la paz caían en ambiciones personales y se enfrentaban entre sí por un puesto público o por un escaño en el andamiaje político.

Mientras tanto la comunidad española, que no había perdido su poder económico al ser beneficiada por el Tratado de Paz de París, se veía reforzada con el arribo a los puertos cubanos de miles de inmigrantes procedentes de la Península Ibérica. Venían a trabajar y llegaban en un momento oportuno en que se necesitaban brazos para reconstruir el país y hacerlo avanzar. Mas también de modo colateral, sin desearlo tal vez, servían para respaldar corrientes retardatarias de pensamiento que a partir de un falso patriotismo se manifestaban a través de una trasnochada hispanofilia, capaz de insinuar o de decir abiertamente: en los tiempos de la colonia estábamos mejor. Dentro de esta línea se enmarcaron, por ejemplo, el estudio del salmantino Valeriano G. Gutiérrez *Cuba y España (Impresiones históricas de la Guerra Cubana-Española-Americana)* (1908), el conjunto de artículos del maestro baracoense Manuel Mateos Fernández *Riendo y llorando* (Santiago de Cuba, 1911) y, aun en la década siguiente, la *Historia de Cuba* (1926), en tres tomos, del gallego Enrique Zas y Simó. Estas obras, escritas por autores residentes en nuestro territorio, demostraban la prolongación, en la etapa republicana, de una corriente retrógrada que predicaba una especie de vuelta al pasado.

Al mismo tiempo, de forma paralela, podía hallarse un sentimiento nacionalista, con una proyección incluso antiimperialista, que podemos ejemplificar con el discutido ensayo del manzanillero Julio César Gandarilla *Contra el yanqui* (1913), muy cuestionado en el momento de su publicación por Sanguily y por otros patriotas. Al margen de sus posibles juicios errados, que no vienen ahora al caso, en Gandarilla existía el sincero propósito de servir a Cuba. No podría decirse lo mismo en relación con los tres autores antes citados. Todos ellos, sin embargo, coexistían en la sociedad cubana. Y ante toda esta confusión reinante no pocos intelectuales, después de haber librado algunas escaramuzas políticas, buscaban refugio en la creación de sus obras, en la actividad profesional o en los paraísos artificiales. Los poetas Regino Boti, en Guantánamo, y José Manuel Poveda, en Manzanillo, pueden servir de ejemplo.

Fue en marzo de 1923, de un modo espontáneo y casi casual, que por medio de la llamada Protesta de los Trece

un grupo de jóvenes intelectuales irrumpió en la plaza pública y formuló un llamado a la ciudadanía para adecentar el aparato gubernamental y administrativo. Eran entonces unos desconocidos. Algunos de ellos –Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Jorge Mañach– alcanzarían más tarde reconocimiento literario y político y ya son nombres ineludibles de nuestra cultura. La clarinada que entonces lanzaron dio sus frutos y otros intelectuales se sintieron convocados a interesarse aún más en nuestros problemas internos y buscar de modo colectivo nuevos rumbos para dejar a un lado los obstáculos que impedían el pleno desarrollo del país.

El Grupo Minorista, derivación de aquella protesta, no fue sólo un encuentro sabatino de poetas, pintores, periodistas y narradores para almorzar juntos y hablar de arte y literatura. Fue además un movimiento renovador alentado por las vanguardias artísticas procedentes de Europa que sintió inquietudes políticas, demostró su desacuerdo con la situación nacional y aspiró a revitalizar la cultura y la sociedad en su conjunto, como demuestran los manifiestos que dio a conocer. Con diferencias de matices, en ese empeño coincidían sus integrantes, entre ellos Alejo Carpentier, Fernando Ortiz, Regino Pedroso, José Z. Tallet y Enrique Serpa, además de los tres autores antes citados.

Mas el régimen despótico del General Machado no estaba dispuesto a tolerar las voces críticas y rectificadoras de aquellos intelectuales. Sólo admitía a obedientes



Jorge Mañach



José Lezama Lima

asalariados a su servicio y bajo esa condición aceptó, por ejemplo, al notable historiador Ramiro Guerra como Secretario de la Presidencia y a Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén, el más importante jurista internacional que ha dado nuestro país, para que en 1928 le otorgara visos de legalidad a la arbitraria prórroga de poderes. En ambos casos eran prestigiosos intelectuales que lastimosamente ponían su talento en función de una causa innoble. Como contraparte podemos mencionar al poeta Agustín Acosta, quien en junio de 1931 le envió a Machado una carta pública en la cual condenaba sus desmanes. Como pago a su gesto cívico fue confinado en un calabozo de la Fortaleza de La Cabaña.

El machadato desarticuló un movimiento cultural que prometía dar estupendos frutos. Algunos de sus miembros partieron al extranjero, otros se entregaron a la lucha opositora y no faltaron quienes canalizaron sus intereses intelectuales hacia labores de menos compromiso social. Cuando en 1933 el régimen de desplomó ya nada volvió a ser como antes. Por el contrario, la situación nacional se hizo más compleja y diversos grupos aspiraron a controlar el poder político. Hubo entonces algunos intelectuales que movidos por propósitos constructivos aceptaron puestos en el gobierno con el fin de llevar adelante planes dignos de respeto. Así, para citar un caso, en 1934 Mañach asumió la Secretaría (Ministerio) de Educación del efímero gobierno de Carlos Mendieta y creó a los pocos meses el desayuno escolar y la Dirección de Cultura, que puso en manos del hispanista José María Chacón y Calvo. Días más tarde Mañach se vio obligado a renunciar y marchar al exilio. Chacón, por su parte, muy poco pudo hacer con un presupuesto exiguo y el menosprecio de los militares, de mentalidad cuartelaria, quienes verdaderamente detentaban el poder.

Ante aquella realidad política tan enrarecida, que contaminaban coroneles ambiciosos, políticos sin escrúpulos, oportunistas y "revolucionarios" de todo tipo, ¿qué papel social podían desempeñar los intelectuales? La nueva Constitución, proclamada en 1940, vino a po-

ner un poco de orden en aquel hervidero de pasiones y los enfrentamientos partidistas tomaron un cauce más civilizado. A partir de ese momento no fueron pocos los intelectuales que se lanzaron a la arena política para enarbolar un programa, una ruta a seguir, en casi todos los casos con una voluntad de hacer cambios. Llama la atención el considerable número de profesores universitarios, de reconocida trayectoria profesional, que en aquellos años participaron en las contiendas públicas: Roberto Agramonte, Manuel Bisbé, Jorge Mañach, Herminio Portell Vilá, Raúl Roa, Rafael Fiterre, Aureliano Sánchez Arango, Rafael García Bárceña, Manuel Dorta Duque, Francisco Carone, Raimundo Lazo... Cada uno de ellos creía que con el respaldo de su crédito intelectual y ético, su honradez y sus buenas intenciones podría conquistar el respaldo de las masas, obtener en las urnas un elevado número de votos y ascender a elevados cargos en la dirección del país. Inmerso en esa creencia, confiado en la relevancia de sus investigaciones históricas y en el mérito de haber integrado en 1933 la delegación cubana que en la Conferencia de Montevideo había sentado las bases de la derogación de la Enmienda Platt, en 1939 Portell Vilá había aspirado a un puesto en la Asamblea Constituyente. Y no resultó elegido. Más sonado aún fue el descalabro sufrido años más tarde, en las elecciones de junio de 1946, por el escritor y conferencista Mañach, también uno de los fundadores del Partido ABC. Por esta organización pretendió en dicha lid un acta de Representante a la Cámara y fue derrotado por su correligionario Benito Remedios, hombre prepotente e inculto, propietario de grandes fincas ganaderas y famoso por sus arranques agresivos, entre ellos descargarle varios tiros al motor de su auto si este no arrancaba.

Aquellas derrotas de los profesores no sólo constituían bofetadas a la intelectualidad, sino confirmaciones de que el proceso eleccionario del país estaba viciado por las componendas, la compra de sufragios, la demagogia y la intimidación. Ante esta penosa realidad resultaba patético que un intelectual siguiera desgastándose en la ilusa aspiración de adecentar las estructuras sociales y políticas. Los resultados electorales como los anteriores parecían lanzarle a la cara la siguiente pregunta: ¿qué tú vienes a hacer aquí?

La poco halagüeña situación entonces imperante llevó como respuesta a José Lezama Lima, al resto de los miembros del Grupo Orígenes y a otros poetas y escritores a sustraerse de la algarabía pública y construir un universo literario que la superara. Esta fue la determinación que tomaron, con un sentimiento patriótico diferente y no menos respetable. Que otros se encargaran de elaborar y ejecutar proyectos políticos; ellos se ocuparían de hacer un mundo poético a través de la metáfora. En la conocida polémica entre Mañach y Lezama Lima subya-

ce el enfrentamiento de estas dos actitudes antitéticas, al margen de otras razones como el choque generacional. A Mañach no se le escapaba el gran talento de Lezama Lima y de sus jóvenes amigos y hubiera deseado que estuvieran junto a él en las contiendas cívicas. Pero para las aspiraciones de los origenistas no había nada más alejado que esto. Hablaban idiomas distintos.

Por aquellos días también participaron animadamente en las contiendas públicas los intelectuales afiliados al Partido Comunista, organización que disfrutaba de un estatus legal desde septiembre de 1938, y en sus campañas pudieron contar con un órgano de prensa, el diario *Hoy*, una emisora radial, *Mil Diez*, y una editorial, *Páginas*. Esa circunstancia favorable permitió, por ejemplo, que Nicolás Guillén aspirara a ser alcalde de Camagüey en las elecciones de 1940, Marinello, bajo su condición de senador, lanzara el proyecto de establecer la enseñanza oficial y laica y Carlos Rafael Rodríguez, quien llegó a ser Ministro sin Cartera del gabinete encabezado por Batista, propusiera un plan de redistribución de tierras en beneficio del campesinado pobre.

El surgimiento en 1947 del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), fundado por el senador Eduardo Chibás y dirigido a barrer la corrupción existente, despertó las esperanzas y conquistó las simpatías de amplios sectores sociales, mas no en el ámbito de la intelectualidad. El estilo escandaloso y populista empleado por Chibás para hacer política no era compatible con el refinamiento de las capas ilustradas, mas sensibles al discurso elegante y a las piezas oratorias de un José Manuel Cortina o un Salvador García Agüero. Y por su visceral anticomunismo era rechazado por los escritores marxistas. No obstante esa discrepancia, en la ortodoxia ocuparon cargos dirigentes Roberto Agramonte, Manuel Bisbé, Francisco Carone y otros profesores.

Una nueva luz parecía asomarse en el horizonte cubano. Ocurrió entonces la muerte trágica de Chibás y, meses después, Batista dio un golpe de estado e impuso un régimen de fuerza. De nuevo con las libertades indivi-

duales coartadas y suprimida la libre expresión, ¿qué podían hacer los intelectuales cubanos? Los ya declarados seguidores de los hombres fuertes, enfermiza predilección que contaba con no pocos partidarios y llevaba a justificar el autoritarismo de Menocal, Machado y Batista, no tuvieron dificultad en subir al carro de los vencedores. Emeterio Santovenia, Juan J. Remos, Arístides Sosa de Quesada, Octavio R. Costa, Gastón Baquero y Antonio Iraizoz se insertaron en los engranajes del nuevo gobierno. Sus preferencias políticas eran bien conocidas. Mucho menos se ha hablado del considerable número de escritores y artistas que de modo más discreto se puso al servicio de la dictadura o recibió con satisfacción los beneficios que esta les otorgó. No es de nuestro interés mostrar "trapos sucios" o avergonzar póstumamente a nadie; pero sí queremos anotar que el régimen de Batista no estuvo tan huérfano del apoyo de los intelectuales como se ha dicho en ocasiones. Y ante la innegable caída de los principios éticos de algunos de ellos, resulta más reconfortante recordar a los que echaron a un lado las mordazas y alzaron la voz para denunciar con civismo los atropellos del gobierno: García Bárcena, Raúl Roa, Mañach, Agramonte, Gustavo Aldereguía, Raimundo Lazo... Puede decirse que ellos representaron en esos momentos la conciencia crítica de la sociedad.

Al hacer un balance de la actitud de los intelectuales cubanos ante los problemas políticos y sociales del país, hasta el momento en que concluyó la etapa republicana, salta a la vista que por lo general en ellos prevaleció una voluntad de servicio. En muchas ocasiones fueron portavoces de las corrientes ideológicas más avanzadas de su tiempo y otras veces establecieron un pulso con las fuerzas en el poder en aras de alcanzar cambios que favorecieran la economía, la cultura y la sociedad, en sentido general. Por estos motivos no pocos padecieron persecución, encarcelamiento, exilio y hasta una muerte alevosa. ¿Dio buenos resultados aquel ejercicio de los derechos ciudadanos o fue una prédica inútil? Es cierto que por lo común los gobernantes y las clases económicas más fuertes no prestaron atención a aquellas llamadas de los intelectuales y se negaron a corregir procedimientos, anular planes y desarrollar iniciativas encaminadas al progreso nacional. Por lo general impusieron su voluntad, a veces de forma despótica. Sin embargo, puede afirmarse que estos aldabonazos de la intelectualidad al menos sirvieron para despertar conciencias, divulgar ideas nuevas, fomentar en la ciudadanía virtudes éticas como la honradez, el patriotismo y la solidaridad y, del mismo modo, rechazar males como el robo de los bienes públicos, la prevaricación, el nepotismo y el arribismo. Los triunfos alcanzados posiblemente no fueron muchos; mas sería injusto y excesivo decir que al ejercer aquellos intelectuales los derechos cívicos araban en el mar.



Alejo Carpentier